

Un gol que no lo era
P. Fernando Pascual
29-8-2010

Un grupo de niños juegan fútbol en el patio de la escuela. Han establecido que hay gol cuando el balón golpea la parte de la pared marcada como portería.

Un delantero chuta. Un defensa consigue detener el balón entre sus piernas, a pocos centímetros de la pared que hace las veces de portería. Pero los niños del equipo contrario gritan: “¡goool!” El defensa intenta hacer oír su voz: “¡no fue gol! ¡Lo paré antes de que tocara la pared!” Pero los gritos del otro equipo son más fuertes.

Varios compañeros del defensa le dicen: “No vale la pena discutir. Total, es solo un gol...”

Seguramente para el defensa esta recomendación no cambia la realidad. Porque lo que no es gol no es gol, por más que griten los contrincantes. Quizá en su corazón de niño surge un sentimiento de rabia por la injusticia, por la mentira, por la aceptación de un hecho que no responde a la realidad.

Lo que acabamos de imaginar ocurre, por desgracia, en temas mucho más serios.

Imaginemos la siguiente escena (muy verosímil, por cierto). En la calle hay momentos de confusión entre policías y manifestantes. Se oye una explosión. Algunos gritan: “¡la policía ha matado a un manifestante!” Y se desencadena el caos.

¿La realidad? El neumático de un coche aparcado al sol había explotado... Pero hay quienes, con o sin malicia, aprovechan cualquier ruido, cualquier rumor, cualquier pseudonoticia, para desencadenar rabias escondidas en los corazones, o para hundir a un adversario, o para lograr una victoria personal, o para revolver el río y así pescar, en la confusión, algo de poder o de dinero...

Existen, ciertamente, situaciones en las que la tensión y la poca claridad generan “certezas” a partir de informaciones falsas. Los niños que gritan “¡goool!” cuando no ha habido gol actúan bajo la emoción del juego y con las prisas que genera el deseo de ganar en un plazo de tiempo más o menos corto. Los manifestantes que sospechan disparos de la policía pueden encontrarse en momentos de fuerte tensión, en los cuales cualquier ruido (como la explosión del neumático) se convierte en el detonante de algo mucho más serio: una refriega callejera que termina con varios muertos de ambos lados.

Pero en otras situaciones hay quienes, de modo malicioso, con una habilidad que podemos llamar diabólica (el diablo es el padre de la mentira) suscitan rumores, dan por ciertos hechos que son sólo hipótesis, inventan datos, difunden pseudonoticias sin la mínima precaución de controlar su posible autenticidad. Todo ello simplemente porque buscan hundir a un “adversario”, o denigrar a personas o grupos a los que desprecian, o hacer triunfar las propias ideas, o conseguir puestos de trabajo o de poder.

Este tipo de actuaciones no puede imputarse a las pasiones desencadenadas en un momento tenso, o a las prisas de quien tiene poco tiempo para conseguir algo importante, sino a ambiciones profundas, a veces debidas a psicologías enfermizas (quizá sin ninguna culpa subjetiva), otras veces a cálculos y a proyectos claramente orientados a conquistar, por vías indignas, objetivos bien delimitados.

Los gritos de unos niños que dicen “¡gol!” cuando no lo es pueden lograr una victoria aparente. Por desgracia, también es posible que cientos de inocentes hayan perdido su fama, incluso hayan sido llevados a la cárcel, desde acusaciones falsas urdidas y “gritadas” por corazones sin escrúpulos.

Pero los gritos no hacen la verdad, ni hay victoria verdadera cuando se pisotean los hechos objetivos y se ensalzan suposiciones o falsedades sin fundamento.

Sólo hay victorias buenas cuando acogemos la verdad, pura y llana. Y también cuando sabemos ahogar, con nuestro silencio o con una palabra firme, cualquier rumor falso que pueda destruir la fama de inocentes.